

# Lectura en



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

**Dos autoras, con su relato y su poema, acercan a quien le  
“otro lado”. Y lo hacen desde diferentes perspectivas  
pasó... lecturas para esta primavera recién estrenada.**

## Flores de sombra

A menudo me preguntan si echo de menos el trabajo. Nada, les digo. Vivo como una reina. Aunque últimamente me acuerdo de la gente que pasaba por allí. Del danés —un cliente de esos que te ilumina el día, como dicen los poetas y los cantantes. Y es que era verlo entrar en la peluquería, con su cuerpo fuerte y sus ojos de aguamarina y sentir una alegría que todavía me hace temblar. Tarareaba con la Niña Pastori eso de tú me camelas, me lo dicen tus sacais. El hombre daba los buenos días y se quedaba en silencio mientras le cortaba el pelo. Ni una pregunta cansina de ésas —guapa, menudas ojeras me traes; cielo, ¿cómo es que llevas gafas oscuras aquí dentro?; ¿tienes hijos?, o ¿por dónde vives tú? Yo le regalaba un masaje en la nuca y él respondía con un “gracias” sonoro y una sonrisa. Lo llamábamos Viggo, por su parecido con ese actor que hacía de rey de los elfos, de chófer de un músico americano y ahora, según he oído, de gay con un padre tan insoportable como mi ex. El fin de semana pasado lo añoré... profundamente. Sé que es extraño; nos habíamos tratado poco. Aun así, era grande mi desconsuelo —¡mi deseo! Decidí hacer algo, lo que fuera. Quizás anduviera solo y le agradara un reencuentro. ¿Y si me animaba a buscarlo? La libertad es muy bonita, pero maldita la gracia de vivirla como un alma en pena.

El sábado por la mañana me acerqué a mi antigua casa. No me dio pena el SE VENDE en letras negras del cartel naranja chillón sobre el ladrillo feo del edificio. Rabia sí, por los años malgastado en aquel piso oscuro. Pero, a lo que iba... con un poco de suerte, mis prendas más estilizadas y juveniles seguirían allí. Me sacudía una antigua excitación. No era cuestión de presentarme ante Viggo de cualquier manera... darle un susto. “Antes desnuda que invisible” —y me refiero a esa ropa infame que nos quieren calzar a las mujeres de una edad, como para que no nos vuelva a mirar nadie. Me fui directa a los armarios del pasillo, tan abarrotados de cosas como siempre. Al abrirlos,

encontré una caja con ropa mía —soy más alta y grande que mi hija, y supongo que no sabrá qué hacer con ella. Escogí una camiseta negra, de tirantes, y un pantalón ancho de algodón con flores amarillas y azules. Qué poco los había usado, con tal de evitar el odioso ¿adónde vas? o, ¿con quién has quedado? Cogí un estuche con barras de labios, pinceles y coloretes. Saqué una polvera y se me ocurrió maquillarme. Quedé menos pálida, como más viva. Qué bien se te ve, me decía una amiga hace poco, pareces otra. Desde luego que soy otra. Ya he cumplido. Sin críos a los que proteger ni marido del que huir. Libre al fin. Sin heridas. Sin miedo. Sin angustia. Feliz como tantas que dimos el paso, aunque nos costara la vida.

Serían las ocho y pico de la tarde cuando llegué al centro de estética, después del cierre. Es una buena hora para supervisar las cosas, aunque solo sea por la costumbre. Se me encoge un poco el corazón al colarme en un sitio al que ya no pertenezco. Solo quiero ponerme guapa, dije en voz alta, como disculpándome. Observé las pinzas, las horquillas y los ganchos de diseño del escaparate. Me dieron ganas de coger alguna peineta de fiesta, con brillantitos incrustados. Desde que no me tiño, algo tengo que ponerme en el pelo para no perder esa gracia mía. Me acerqué al ordenador para buscar el archivo de los clientes, pero no tuve que encenderlo... ¡sabía dónde tenía que ir! Yo misma le pregunté una vez a Viggo por su barrio. Me invitó a visitarlo y me dio su dirección completa. La memoricé por si acaso me atrevía. No la había olvidado.

Envalentonada, emprendí el camino. Tal vez estuviera cenando y lo interrumpiera. Me di un paseo por la cuesta del Espíritu Santo, y me apoyé en una barandilla, deslumbrada ante el sol rojo del atardecer, envuelto en ese cielo morado que cubre mi pueblo al final del día. Oscurecía, y me sobresalté, alarmada ante la posibilidad de no encontrar a Viggo por el tiempo que estaba perdiendo en aquel rodeo. Aceleré el paso y anduve hasta su barrio. Di con su calle y, al llegar a su casa, me paré delante de la verja. Estaba abierta y entré. Atravesé la

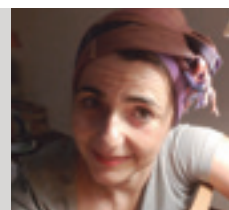
hierba seca, hacia la única ventana iluminada. Estaba abierta, y de ella emanaba una flor de humo. Marihuana. Me sonreí. Viggo yacía en una cama, medio dormido. Permanecí allí con la esperanza de que se espabilara. Y él, como si sintiera mi presencia, parpadeó y abrió sus ojos como cristales. ¡Roció! fue la única palabra que pronunció, como asombrado. ¿Quieres unas caricias en la nuca?, le pregunté. ¿O prefieres que te arregle la barba? Su gesto de sorpresa, su reconocimiento, nuestra emoción... fue de una dulzura indescriptible.

Amanecí muerta de placer y de sueño. Me marché con el presentimiento de que recibiría una visita de Viggo. Me apeteció ir a las salinas de la Bahía, y allá fui a disfrutar de la mañana. Qué gusto contemplar las bandadas de flamencos. ¿Estaría allí el que se había escapado del zoo? ¿Andaría cortejando a una hembra? Ojalá, pensé. Y deseé con todas mis fuerzas encontrarme con Viggo aquella misma tarde. Así fue. Me estremecí al verlo avanzar junto a los cipreses, su cuerpo ancho entre las hojas verdinegras, dejando a un lado el cementerio inglés. Traía una maceta de flores que parecían gardenias, buenas para la sombra. La dejó junto mi lápida, y se arrodilló. Le caían lágrimas por las mejillas, apenas audibles, como gotas de limón sobre un plato. Estaba desconsolado, confundido entre la gente que le rodeaba. Son periodistas, solo vienen a grabar unas imágenes, le dije. Van a hacer otro programa de televisión, ¿sabes? A buenas horas. Tantas veces lo conté... No llores, anda. En cuanto se vayan nos quedamos tú y yo solos.

Maya G. Vinuesa

### Maya G. Vinuesa

nació en Cádiz en 1968. Es profesora de traducción literaria en la Universidad de Alcalá. Ha traducido y ha estudiado la narrativa de varias autoras africanas, entre ellas Amma Darko y Buchi Emecheta. Es autora de la novela “Una habitación en Lavapiés”.



# primavera

os lee a ese lugar que unos llaman "más allá" y otros, sencillamente,  
la de quien pasa, libre, y la de quien se queda, añorando a quién

## HERIDA

*(A mi madre, que se marchó dulcemente  
en un año de adioses inesperados)*

Se cerraron las puertas del mundo de repente  
aquel marzo sin flores  
ni esperanza de abril  
ni velos blancos de mayo  
ni verano.

Y nosotros echamos todos los cerrojos  
de tu casa  
para intentar salvarte.

Debías sobrevivir.

Pero resistir no es vivir sin miedo en las espaldas  
sino seguir erguido  
y acostumbrarse al peso  
aunque el centro de la Tierra se empeñe en su trabajo.

El triunfo no está en salir ileso,  
la herida forma parte del binomio  
que marca el principio y el final de la batalla,  
después  
hablarán las cicatrices,  
memoria del dolor y de la sangre.

Vencer es asomarse al precipicio y construir un puente,  
ignorar la obstinada invocación a la hondonada  
y cruzar mirando al otro lado  
mientras continúa viva  
y seductora  
la posibilidad del salto.

Porque volar no es suspenderse en el vacío,  
es conseguir que las alas se desplieguen  
capaces de impulsarnos  
para llegar incluso hasta las nubes  
sin levantar los pies del suelo.

Y tú lo hiciste.  
Resististe con nosotros.  
Te asomaste a la ventana  
y te lanzaste al vuelo de las palmas  
repletas de agradecimiento.

Y venciste  
Saliste del encierro  
con alguna que otra cicatriz  
pero venciste.

Triunfaste.  
Era de justicia que lo hicieras.

Pero te esperaba septiembre  
terco, como siempre,  
implacable,  
decidido a no caer en ninguno de los trucos  
que inventamos para ti.

Inma Chacón

**Inma Chacón** (Zafra-Badajoz), finalista del Premio Planeta 2011, por su novela *Tiempo de arena*, es Doctora en Ciencias de la Información y Licenciada en Periodismo por la UCM. En narrativa es autora de *La princesa india* (Alfaguara, 2005), *Las filipinianas* (Alfaguara, 2007), *NICK: una historia de redes y mentiras* (La Galera, 2011), *Tiempo de arena* (Planeta, 2011), *Mientras pueda pensarte* (Planeta, 2013) y *Tierra sin hombres* (Planeta, 2016). También ha publicado la colección de relatos, *Voces. Antología personal* (Editora Regional de Extremadura, 2015), y varios poemarios -*Alas* (Ellago Ediciones, 2006) y *Urdimbres* (Ellago Ediciones, 2007), entre otros-. En el campo de la dramaturgia cuenta con obras como *El laberinto y la urdimbre* (Éride, 2015) o *La Baltasara* (Antígona, 2018).

